

Sin lugar a dudas, este trabajo servirá a muchos para acercarse a la arquitectura de lugar, es una tesis muy trabajada y seria; el tema de moda en la actualidad vuelve a ser la relación de la obra arquitectónica con el lugar. No sé si faltaría, sin embargo, un compromiso mayor de la academia con el futuro de nuestras ciudades, es decir, con nuestra realidad y con nuestro pasado, más acá de las corrientes y lejos de las teorías.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

La historia del parque

De plaza Mayor a parque Berrío

José María Bravo Betancur

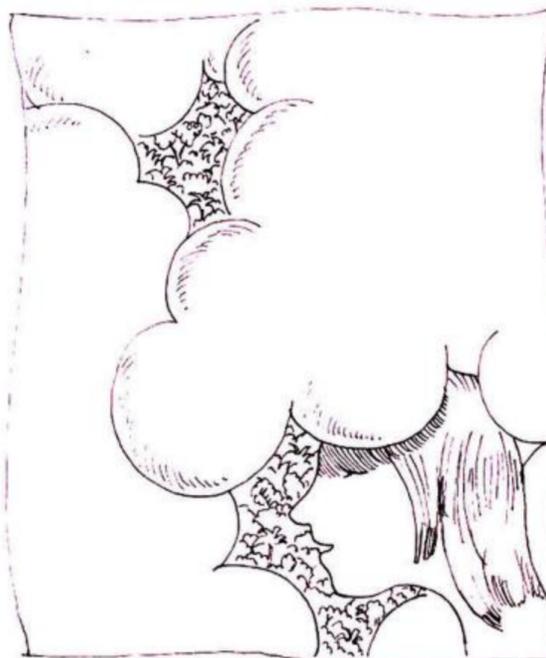
Fondo Editorial Universidad Eafit,
Medellín, 2007, 176 págs.

En Colombia aún hay cupo suficiente para investigaciones sobre la evolución de las ciudades, ante todo porque cada día hay menos patrimonio construido, lo que hace más difícil narrar una ciudad e intentar reconstruir su pasado. A esta incapacidad se le suma, y con más fuerza, la ola creciente de desplazados que llegan a diario a ciudades ajenas, a quienes les es imposible regresar a su tierra, ese lugar de donde fueron arrancados a sangre y fuego. Somos un país que prefiere negar su pasado y que será entonces incapaz de escribir futuro.

Recetas olvidadas, ingredientes que ya no existen, territorios que no se reconocen, calles ajenas por completo, edificios que nada dicen, multitudes comprando en centros comerciales de varios pisos en antaño terrenos baldíos. Las ciudades continúan creciendo sin ton ni son, barrios enteros desaparecen, crecen edificios enormes y transparentes, pueblos hermosos buscan parecer ciudades modernas, árboles frondosos

caen para dar paso a nuevos lenguajes con diversos materiales.

La Universidad Eafit le publica este libro al profesor y amante de la música, miembro de la Academia Antioqueña de Historia y de la Sociedad Antioqueña de Ingenieros y Arquitectos (SAI). Alrededor del parque Berrío, antaño plaza Mayor, se va tejiendo la historia de una ciudad, su evolución y transformaciones.



El parque Berrío sigue siendo el centro urbano principal de la ciudad, localizado en ese espacio geográfico comprendido entre las carreras y las calles 50 y 51; allí sigue latiendo el corazón de la ciudad, con todos sus traumatismos propiciados por las invasiones progresivas que ha tenido del mercado público, del tranvía eléctrico, del vehículo automotor. Más recientemente, de la economía informal con sus ventas ambulantes y del tren metropolitano, pero se ha buscado que este parque no pierda vigencia después de la reestructuración que recibió en los últimos años. [pág. 12]

La pérdida del patrimonio construido y parte de la destrucción de Bogotá no comenzó, como afirman algunos, tras las revueltas y los incendios del 9 de abril de 1948; antes, siempre hubo alguna disculpa para derrumbar porque: era herencia española, no era moderno, estorbaba, era feo, poco higiénico,

por inútil, en fin. La destrucción comenzó a partir de los años cincuenta con la disculpa de la modernidad, en los años setenta por el *boom* de la construcción, en los años ochenta por el narcotráfico, en el siglo XXI porque ya no cabemos. Al contrario de lo que acontece en muchas ciudades europeas, los bogotanos no podemos tener hitos de referencia, porque el cambio es permanente, no necesario, pero sí destructivo y muy de la mano del empuje del dinero y la necesidad de fachadas brillantes. Cali, Medellín y Barranquilla sufrieron la misma terrible enfermedad: han demolido barrios arquitectónicamente hermosos y bien planeados, los cuales narraban un devenir, alojaron generaciones muy importantes y conformaron ciudades que daban sus primeros pasos como urbes.

Bravo Betancur cita entonces, y muy a propósito, al historiador Eric Hobsbawm, profesor de la Universidad de Cambridge:

La destrucción del pasado, o más bien de los mecanismos sociales que vinculan la experiencia contemporánea del individuo con la de generaciones anteriores, es uno de los fenómenos más característicos y extraños de las postrimerías del siglo XX.

En su mayor parte, los jóvenes, hombres y mujeres, de este final del siglo, crecen en una suerte de presente permanente sin relación orgánica alguna con el pasado del tiempo en el que viven [...] [pág. 12]

Cada vez es más usual, además, en las nuevas generaciones y unido a las teorías de “la nueva era” que se debe “vivir el hoy, sin ataduras, sólo el presente”; por tanto, mirar atrás, recordar o añorar, es considerado sinónimo de debilidad.

Es interesante, como hilo conductor narrar la historia de la plaza Mayor, el corazón de una ciudad, punto comercial, marco de los poderes, lugar de reunión, para de allí narrar la evolución de una urbe, los cambios

de costumbres y hábitos y sus transformaciones físicas. Bravo Betancur es cronista de los cronistas, historiadores, escritores y periodistas. De los cambios del parque y la evolución de esta provincia en ciudad industrial:

[Siglo XVIII] [...] entonces se procedió a la construcción de edificaciones para la cárcel, la escuela y el matadero público: se adelantó la construcción de algunos caminos y un puente sobre el río Medellín [...] se procedió a ornamentar la plaza Mayor con una pila hecha de piedra y cante-
ría para suministrar agua limpia. Mon y Velarde hizo numerar las edificaciones que resultaron ser 292 casas de un piso, cubiertas de teja y de paja, 29 de balcón y 6 iglesias.

Se procedió también a ponerles nombres a las calles, siendo las primeras, entre otras, la Calle Real (hoy Boyacá), Camino del Monte (hoy Bolívar), Barbacoas, que era la calle más larga [...]

Con todo esto, para sus habitantes a finales del siglo, la pequeña villa tenía un gran encanto, así el desarrollo fuera todavía muy lento debido a la precaria situación económica de la banca, la industria y el comercio [...] [pág. 31]

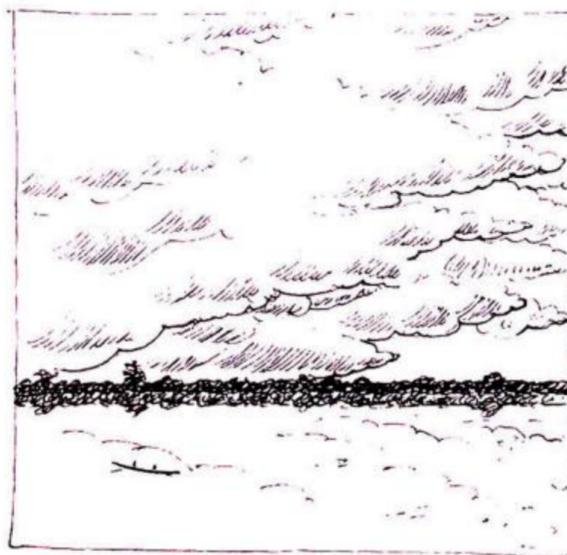
Los años finales del siglo XIX traen cambios en la fisonomía de las principales ciudades de Colombia, el autor cita apartes de la *Historia del teatro en Medellín*, y *vejeces*, de Eladio Gónima:

De fines del 44 y principios del 45 comenzamos a ver un movimiento inusitado en lo que respecta al progreso material de la ciudad.

El ilustrado súbdito británico Sr. Tyrrel Moore, domiciliado aquí y propietario de la mayor parte de los terrenos de lo que hoy se llama Villanueva, cedió generosamente lo necesario para calles y la gran Plaza de Bolívar [...]

Entonces en todos los barrios de la ciudad se dio principio a la refección de las casas viejas y edificación de otras, y de tal modo, que por todas las calles no se veía sino recuas de bestias y filas de trabajadores acarreamo materiales de construcción, y no se oía sino el ruido de los ciento o más tapias que funcionaban a un tiempo acompañado de los gritos de los obreros. [págs. 39-40]

En la república las plazas se encierran con hermosas verjas, se siembran cipreses y flores, se ponen bancas y bustos en las plazas y parques, los mercados se trasladan a edificios construidos para tal fin. Con el paso de los años, y siguiendo nuevos patrones, poco a poco se desmontan en todo el país los diversos ornamentos y verjas.



En una cita en la que Bravo Betancur aclara que no es totalmente textual del libro *Medellín, su origen, progreso y desarrollo* (1981), su autor Jorge Restrepo Uribe expresa:

Visité el parque, que con frecuencia está muy florecido, con gran variedad de rosas. En el centro, la estatua del Dr. Pedro Justo Berrío, gobernador de Antioquia de 1862 a 1875. El lado oriental del parque presenta un aspecto interesante, con el amplio atrio, la catedral y los edificios modernos que la complementan. [pág. 55]

Tristemente en Colombia hemos visto las antaño modestas plazas

convertidas en inhóspitos parajes de adoquín, los árboles centenarios se talan y reemplazan por diminutas palmas encerradas en materas de cemento, el motivo es la llamada "sostenibilidad", es decir, las dificultades y costos para su mantenimiento.

En 1921 un incendio destruyó parte de las edificaciones del parque y Ricardo Olano en *Memorias* (2004) afirma entonces:

La ciudad ganará, porque todo lo incendiado era viejo y feo y ahora se levantarán edificios modernos. [pág. 56]

La plaza Mayor es el reflejo de la provincia que se transforma en urbe; sus cambios acusan las fluctuaciones económicas y sociales, aparecen edificios que representan nuevos órdenes y patrones, la frecuentan diversos personajes, la olvidan y la dejan otros, es el corazón de la ciudad. Bravo Betancur narra el paso de los años hasta llegar al tren metropolitano.

El parque Berrío fue, hasta finales del siglo XX y años siguientes, un hervidero humano. El acelerado crecimiento urbano, debido en gran parte al desplazamiento de gentes de diferentes regiones del departamento en busca de la utopía de las grandes ciudades, sumado a la insuficiencia de espacios públicos dentro de la zona central y a la difícil situación económica [...], hicieron que el parque fuera un gran receptor de gentes y, como consecuencia de ello, se convirtió en un sitio de trabajo informal, muy desordenado. [pág. 126]

[...] A principios del siglo XXI, en el marco del parque Berrío se encuentran los siguientes edificios: Constain, Mariscal Sucre, Gutiérrez, Henry, Remington (antiguo edificio de la Compañía Colombiana de Tabacos), Banco de Colombia, Banco de la República, Banco Colpatria, edificio Eva, Banco Popular, edificio Bolsa de Valores.

En el interior se encuentra la estación parque Berrío del Metro. [pág. 127]

Entretenido y muy bien documentado este texto, la crónica del paso del tiempo de una ciudad a través de su parque principal. Respetuoso, intenta no tomar partido en ningún caso y se apoya en una extensa bibliografía que complementa al final de la edición con un anecdotario y relatos sobre la plaza Mayor y el parque Berrío a lo largo de los años.

JIMENA MONTAÑA
CUÉLLAR

Los cambios no se dan sólo en apariencia...

Repertorio ornamental de la arquitectura de época republicana en Bogotá

Hugo Delgadillo (investigación y textos)

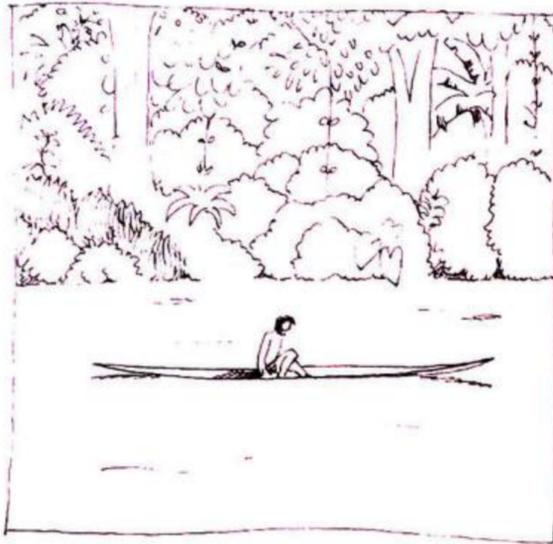
Alcaldía Mayor de Bogotá, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, Bogotá, 2008, 133 págs.

A finales del siglo XIX y principios del siglo XX, el país experimentó una serie de cambios que marcaron el rompimiento con la herencia colonial y dieron paso a la renovación en muchos aspectos de la vida nacional.

El historiador Hugo Delgadillo nos muestra la evolución de Bogotá durante ese periodo, centrándose en la transformación de la arquitectura y en lo que ello implicó.

En su libro *Repertorio ornamental de la arquitectura de época republicana en Bogotá*, Delgadillo condensa cincuenta años de historia material de la capital, trabajo que presenta estructurado en tres grandes bloques que resumen el transcurrir de la vida en Bogotá entre 1880 y 1930, periodo de florecimiento que determinó la modernización de la ciudad.

En la primera parte, el libro aporta información que sirve como marco de referencia para poder visualizar los cambios que se dieron en la época de transición que vivió el país, después de alcanzar la ansiada independencia de la corona española.



La nueva situación histórica obliga al gobierno de aquel entonces a realizar reformas sustanciales, con el fin de lograr una rápida integración a los mercados internacionales. Una de las primeras medidas fue modificar la estructura económica heredada de la colonia, para establecer relaciones con nuevos socios comerciales como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos.

La libre empresa y el librecambio favorecieron el ingreso definitivo de la joven república a la economía exportadora, asentada al inicio en el comercio de tabaco, algodón, cuero, ganado, oro, plata, quina, añil y café.

El nuevo enfoque de la economía hizo evidente la necesidad de modernizar la infraestructura del país. Desarrollar vías de comunicación era de vital importancia, razón por la cual se organizó la navegación a vapor por el río Magdalena y se iniciaron los trabajos de construcción de la red ferroviaria, gracias al aporte de capital extranjero, en su mayoría estadounidense y británico.

La dinámica de la economía fomentó la llegada a la capital de numerosas familias de campesinos, hacendados, militares, terratenientes y comerciantes quienes supieron aprovechar la oportunidad del momento para fortalecerse económicamente.

El aumento del poder adquisitivo y el contacto con Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, generó cambios en los hábitos de vida y despertó en la elite de la capital el deseo de transformar el aspecto de la ciudad. Bogotá, además del reordenamiento urbano, experimentó las bondades del establecimiento de los servicios de acueducto, luz y alcantarillado. Se diseñaron y construyeron nuevas vías y se acogió el tranvía (primero de tracción animal y luego eléctrico), como medio de transporte público. En forma lenta la fisonomía de la capital se fue modificando y, poco a poco, la pequeña aldea se convirtió en una urbe moderna con marcada influencia europea.

La nueva concepción estética abonó el terreno para el surgimiento de actividades económicas relacionadas con el comercio de novedosos materiales de construcción que, además de favorecer el cambio de apariencia de la ciudad, generaban una clara diferenciación social. El ladrillo y el cemento desplazaron la cal y el adobe. El hierro fundido se empleó en la estructura de obras civiles y en las edificaciones en ventanas, rejas y barandas. El vidrio se instaló en las viviendas de las familias más acaudaladas. Aparecieron las tabletas de arcilla con figuras geométricas y motivos vegetales y la madera recubrió los pisos de la alta sociedad bogotana. Otros materiales como el mármol y el papel de colgadura fueron determinantes en el desarrollo de las nuevas propuestas urbanas. Su función, netamente ornamental, consolidó la nueva apariencia de la ciudad que reflejó en sus construcciones, de diversas influencias, el espíritu de las ideas de la vida republicana.

La importancia de la ornamentación en la arquitectura republicana, vista a través del trabajo de Luigi Ramelli y su familia, es la información que encontramos en la segunda parte del libro.

La decoración y la apariencia cumplieron un papel trascendental en las obras de construcción y remodelación que se estaban efectuando en la ciudad en esos años